

Llovía sobre París y tu alma grande se te iba derritiendo de dolor.
Sin rencor al malo, te pusiste junto a los buenos. ¡Aparta,
España, de tu sombra, el recuerdo de este mundo,
César, que huele a hedor, a crimen organizado!

Tú atisbabas

César, la España eterna, la que soñaste
en Santiago de Chuco, en sus indígenas paredes,
que era también cierta pared de España que se desmoronó
por la infamia de aquellos que en la última cena
sabían que iba a morir.

¡España, terrible
enfermedad hemosa, cuántas metáforas necesita el cuchillo
que ante tu atónita mirada, César, arrojó
después de muertos a las llamas a la estirpe
de los Quijanos, de las Teresas y los Lazarillos,
a la estirpe de aquellos que te dieron el verbo
para que incendiaras de ternura a los seres anónimos?!

No. 1936 era la Era del escarnio, con el eco
del canto popular, 1936 pudo ser la esperanza y
para tantos! fue el desconsuelo, César, el desconsuelo.

Jesús Cabrera Vidal

Vallejo 88

Cincuenta años de muerto es ya para dejarlo
y ponerse a pensar de nuevo en cosas,
y dar con la esperanza en el tabique,
a ver si Dios es bueno y resucita.

A los cincuenta años ya están los huesos limpios,
rodeados de un polvo familiar y discreto;
ya puede levantarse la tapa sin escrúpulo
sin miedo a que la muerte ponga perdido el campo.

A los cincuenta años de muerte se desea
ver otra vez la lluvia llorando los cristales,
despertar una rosa, dar de comer a un pobre,
acariciar un pecho, charlar con un amigo;

sin pedir demasiado, tener un ojo de esos
que se guardan en frío, mirar por una grieta
lo que pasa en el mundo, lo que sueña en el mundo,
lo que del mundo quise, si es que aún queda algo.

¿Por qué no suena pronto la trompeta?
¿Por qué no me trasvasan para dejarle sitio
a muertos más recientes? Yo ocupo poco espacio
ya. Quitadme ese rótulo, si es que no hay otra forma
de salir de esta cárcel, y dejad que me olviden
por las cosas que dije, por la historia que tuve,
por la guerra perdida, por el amor sin vuelta.
Dejadme que me acabe de morir en mis páginas.

Alfonso Canales

Descubierta

A César Vallejo, pidiendo disculpas.

Como una visita apurada
que no tiene nada que hacer en la casa
del Señor,
sólo quiero irme cuanto antes,
irme, irme, huir de los ojos de tus altos
invitados, pequeño pensativo
de cejas muy amigas.

Le dejaré al servicio un papel con poemas
que aún no habías escrito.

Olvidas que los besos que nos dimos
llevaban el correo de cajones y migrañas
anónimo, aún anónimo.

Luisa Castro